

Inmigración, pobreza y criminalidad

POR CRISTIAN ALONSO *

Los tristes sucesos que tuvieron lugar en Villa Soldati durante diciembre son una nueva muestra de la desidia oficial frente a los problemas que aquejan a la sociedad argentina. Una nueva muestra de cómo las diferencias electorales o ideológicas pueden superar al sentido común, a la racionalidad, y dejar indefensa a la ciudadanía. Naturalmente, frente a la ausencia del Estado, no faltan las organizaciones delictivas dispuestas a lucrar con la ignorancia y la necesidad ajena.

Curiosamente, en el mundo y, en particular entre los desarrollados, la inmigración se ha hecho de mala fama. A menudo la xenofobia racial se justifica desde el punto de vista económico indicando que los recién llegados expulsan mano de obra doméstica. Sin embargo, existe muy poca evidencia empírica de que ese sea el caso. Por el contrario, en los últimos años han aparecido numerosos estudios que muestran exactamente lo contrario. Los canales de causalidad en este sentido destacan que los inmigrantes tienden a concentrarse en ocupaciones que no compiten directamente con la mano de obra local, sino más bien con importaciones, o resaltan su efecto positivo sobre la demanda. Sin mencionar que la mano de obra local no siempre parece dispuesta o su-

ficiente para participar de ciertas labores, como es el caso de la cosecha de la uva en Cuyo o del algodón en el noroeste, que requieren de la asistencia de trabajadores golondrinas. Por si eso fuera poco, nuestro país se construyó gracias al esfuerzo de los inmigrantes que hicieron de esta tierra su hogar.

¿NACIONAL Y POPULAR?

Si, a pesar de los múltiples argumentos económicos a favor del ingreso de personas y del mandato constitucional que indica que este país está abierto a todos los hombres del mundo de buena voluntad, prevalecen posturas xenófobas debe ser porque siempre es más fácil echar la culpa hacia afuera antes que asumir la propia. Y la culpa interna en nuestro caso parece estar relacionada con la incapacidad que ha exhibido nuestra sociedad para revertir una tendencia escalofriante en materia de pobreza y distribución del ingreso. Ni siquiera ocho siete años de fuerte crecimiento económico y un gobierno nacional y popular han sido capaces de frenar o limitar esta dinámica.

La incidencia de la pobreza ha crecido con cada gran crisis de las últimas tres décadas, crisis que no han sido pocas. Después de superado el peor momento del colapso, los indicadores

comienzan a retroceder pero tienden a estabilizarse en niveles superiores a los que prevalecían antes de la crisis. De allí que la pobreza se halla cuadruplicado entre 1980 y 2010 tomando para este último año una de las estimaciones no oficiales más generosas.

Los disturbios del mes pasado no desnudan entonces los prejuicios de la inmigración ilegal, sino el drama de la pobreza estructural. Un flagelo que afecta a una porción muy elevada de los argentinos en lo que está íntimamente relacionado con la decadencia educativa. Y también con la inseguridad y conflictividad social.

A menos de un año de las próximas elecciones, sería conveniente que la sociedad toda y la clase dirigente en particular, tomaran nota de este desafío. Si no se encara con seriedad el problema de la pobreza estructural, cubriendo el aspecto educativo, sanitario, nutricional y habitacional y no sólo el de los ingresos vía asistencialismo; si no se reformula la política social para dignificar y recuperar la cultura del trabajo, no sólo seguiremos teniendo pobres de toda pobreza, sino también episodios a la Soldati. ■

* Economista del IAE de la Universidad Austral